

I G L E S I A S

Empezamos confesando, acción que viene muy a cuento con el contenido de este número de la Revista, nuestra gran suerte. Es el caso que, recién llegado de mi tradicional contacto con las aguas de la mar, terminado mi estival descanso, me encontré con la perentoria necesidad de cumplimentar los deseos, que para mí son órdenes, del director de ARQUITECTURA. Debía escribir un "Lo que vemos", hilvanado, teniendo como tema el de la arquitectura religiosa de nuestra villa. Para mayor dificultad, el plazo que se me daba era corto; que digo corto, cortísimo. Parecía al que se tiene a veces para presentar la documentación a un concurso o una oposición que está dada ya de antemano. Sumido andaba en un mar de confusiones, sin saber por dónde empezar, cuando cayó, mejor dicho, busqué, y afortunadamente encontré, un libro bastante curioso que anda por mi casa procedente de la biblioteca de mi abuelo. Se trata del tomo dedicado a Madrid del "Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar", original de don Pascual Madoz, y que está fechado en 1848. De su capítulo dedicado a los "edificios destinados al culto" son las mordaces y cáusticas frases que copio a continuación:

"No es Madrid de aquellas pobl. que se haga notar por la magnificencia de los monumentos consagrados a la religión: mientras se han gastado enormes sumas en El Escorial y en otras fundaciones de casas monásticas dentro y fuera de la corte, o en empresas de dudosa utilidad en nuestro juicio; mientras que durante los reinados de la casa de Austria nuestras inmensas posesiones en Europa, Asia y América han producido grandes sumas en beneficio de la metrópoli; mientras que la nación española se ha gloriado siempre de ser el baluarte de la religión unida con las glorias nacionales, extraño parece que haya faltado un monarca, una corporación, un potentado que haya pensado formalmente en

levantar en Madrid una gran catedral u otro templo suntuoso digno de la patria de Herrera y de Rodríguez y de la corte de los dos mundos. Extraño es, lo repetimos, pero desgraciadamente cierto; y si exceptuamos alguna igl. de las pertenecientes a las comunidades religiosas, sólo encontramos en lo general parr. pobres y de escaso mérito artístico, que no pueden compararse con los templos que ostentan muchas de nuestras poblaciones de provincia."

Desde su publicación han pasado muchos años, más de un siglo. Exactamente, 119, uno detrás de otro; y, pese al marcado subjetivismo de las mismas, algunas de ellas nos parecen estar dictadas por algún escritor contemporáneo, ya que pueden aplicarse, perfectamente, al estado actual de la cuestión.

Madrid continúa con gran entusiasmo la construcción de la Catedral de la Almudena, gótica por dentro y barroca por fuera, sin haber podido aún dar cima a su noble empeño. Dificultades, seguramente de tipo económico, han impedido su terminación y apertura al culto. Nosotros visitamos sus obras cuando éramos alumnos, allá por los años cuarenta, en compañía del inolvidable don Luis Mosteiro, nuestro profesor de Geometría Descriptiva, que, a la sazón, era el arquitecto que las dirigía. Recuerdo que habría un par de canteros, paisanos de don Luis, que se afanaban en la realización de los adornos de un capitel. Con tan escaso personal parece lógico que las obras no adelantasen mucho, aunque el arquitecto director hubiese conseguido, como había logrado con los alumnos que le acompañaban, que los canteros "viesen en el espacio". ¿Cuándo se terminarán estas obras? Parece aventurado adelantar cualquier juicio, que sería, vistos los antecedentes, en todo caso evidentemente temerario.

La nación española sigue gloriándose de ser "el baluarte de la religión", y, sin embargo, ocurren hechos verdaderamente paradójicos. Escojamos, al vuelo y rápidamente,

uno que nos cae cerca. La Ciudad Universitaria de Madrid. Esta colosal actuación del Estado ha supuesto una fuerte inversión económica a lo largo de los años en que se ha desarrollado, y sigue la cosa, su construcción. ¿Qué porcentaje de la inversión total hubiese supuesto la construcción de un templo universitario? ¿El 1 por 100.000? Es posible; pero de lo que no cabe la menor duda es de que el padre Sopena y sus colaboradores en las tareas apostólicas se encuentran ubicados en la actualidad en el edificio del Museo de América, suponemos que provisionalmente. En nuestro país todos sabemos lo duraderas y seguras que son las situaciones provisionales. Afortunadamente, la capilla está muy bien acondicionada en el local actual, no importando, seguramente, que la provisionalidad se prolongase definitivamente. Pero a lo que íbamos es a señalar que en los primitivos planos de ordenación de la Ciudad Universitaria madrileña figuraba una parcela reservada para la construcción de una iglesia dedicada a Santo Tomás de Aquino. El sitio que había escogido don Modesto López Otero era muy acertado a nuestro juicio. Es muy fácil explicar la situación. Es, exactamente, en donde en la actualidad está construida la Escuela de Ingenieros Aeronáuticos; se conoce que, por su oficio, son los que más tienen que ver con las cosas del cielo, y, por esta causa, han desalojado a Santo Tomás y se han quedado ellos allí.

Este mal ejemplo ha sido seguido con fruición por casi todas las empresas constructoras privadas que han construido grandes barrios de viviendas en nuestra ciudad, y así podemos ver alojadas provisionalmente en locales comerciales de las plantas bajas de los edificios de vivienda a muchas parroquias madrileñas. En los planos de ordenación nunca faltaron las reservas de suelo para las parroquias y las escuelas. Ahora bien: ¿Cuántas han pasado de los planos a la realidad? Bien pocas. Algunas



de ellas, recientes, se publican en este número.

Pero también es cierto que, pese a todo, se han construido algunos templos en estos ciento diecinueve años. De su valor estético, ¿qué diría Mutadoz, si pudiera hacerlo? No nos lo podemos ni imaginar ni vamos a ser nosotros quienes nos atrevamos a sustituirle.

Hablaremos sobre los condicionamientos que el emplazamiento, y más concretamente los trazados urbanos de calles y plazas, los tipos de ordenación y la forma y situación de los solares, han ejercido sobre la

arquitectura religiosa madrileña en los últimos años.

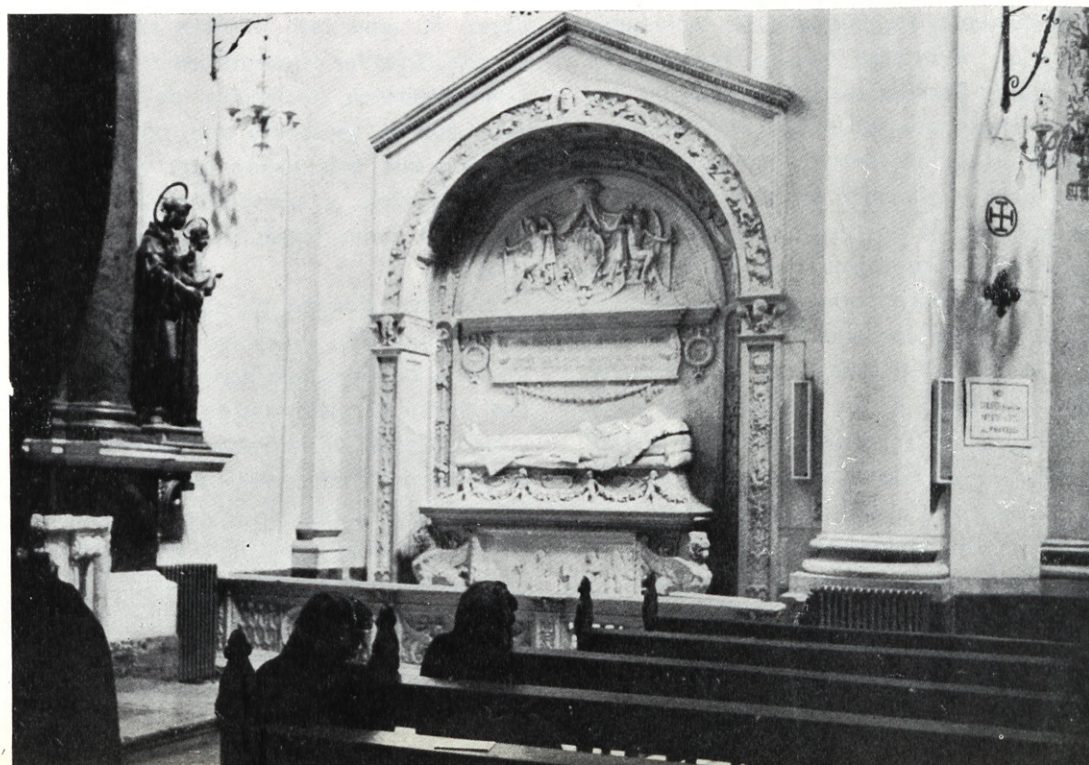
Los templos que se construyeron en los ensanches de nuestra ciudad, Saïamanca, Chamberí, Argüelles, etc., lo hicieron sobre parcelas de las manzanas que la convencional cuadrícula proporcionaba. En muchos casos se eligieron los situados en algunas de las pocas plazas de estos ensanches. Otras veces en simples solares de esquina, llegándose en ocasiones al solar entre medianerías. El hecho de que las casas de viviendas de estos barrios sean de un número importante de pisos, hace que los volúmenes de las iglesias sean de inferior

entidad que los de sus edificios vecinos. Muy frecuentemente aparecen grandes muros medianeros. Las soluciones con que se pretenden obviar estos problemas son difíciles, y en muchas ocasiones no se ha acertado. El caso de la iglesia de Calatravas, con el edificio de don Modesto López Otero, por su acierto, podemos considerarlo como un hecho singular.

Decíamos que los solares sobre los que se han edificado muchos templos madrileños no reunían condiciones adecuadas para el caso. Por ello nos llaman más la atención las iglesias madrileñas con emplazamiento idóneo, dentro del conjunto urbanístico en que se encuentran. Veamos de enumerarlas. Los Jerónimos, con su soberbio mirador sobre el Prado y su perspectiva incomparable desde la Carrera de su nombre; Santa Bárbara, con su amplio atrio de acceso y su elegante y proporcionada escalinata; San Manuel y San Benito, en la calle de Alcalá; Santa Teresa y Santa Isabel... Pocas nos debemos dejar en el tintero, mejor diríamos, en la máquina de escribir. En este sentido se encuentran mejor coordinados con el conjunto urbano los templos de la parte antigua de la ciudad.

Como ejemplo contrario, en cuanto a mal emplazamiento y desdichada convivencia con las edificaciones que le rodean, podemos citar a uno de los más hermosos templos de Madrid. Nos referimos a la iglesia de San Marcos, obra de Ventura Rodríguez y monumento nacional. Yo, ingenuamente, me pregunto: ¿Para qué le ha valido su declaración de monumento nacional? Apparentemente, para nada. Hoy se encuentra agobiada por los colosales volúmenes que se alzan en la plaza de España, que tampoco tuvieron para nada en cuenta su vecindad. Recientemente se le ha dado, hablando en términos vulgares, la puntilla con la instalación en sus proximidades de un estacionamiento para automóviles de esos elevados en forma de noria.

En las ordenaciones más contemporáneas con edificación abierta resulta más fácil el acertar con el emplazamiento del templo y más sencillo acordar con edificaciones vecinas desde el punto de vista volumétrico. Por otra parte, estamos en tiempos en que privan los complejos. Los de tipo psicológico no nos importan ahora. Nos referimos a los urbanístico-constructivos. Así el complejo industrial, el complejo docente y escolar y, por fin, el complejo parroquial.

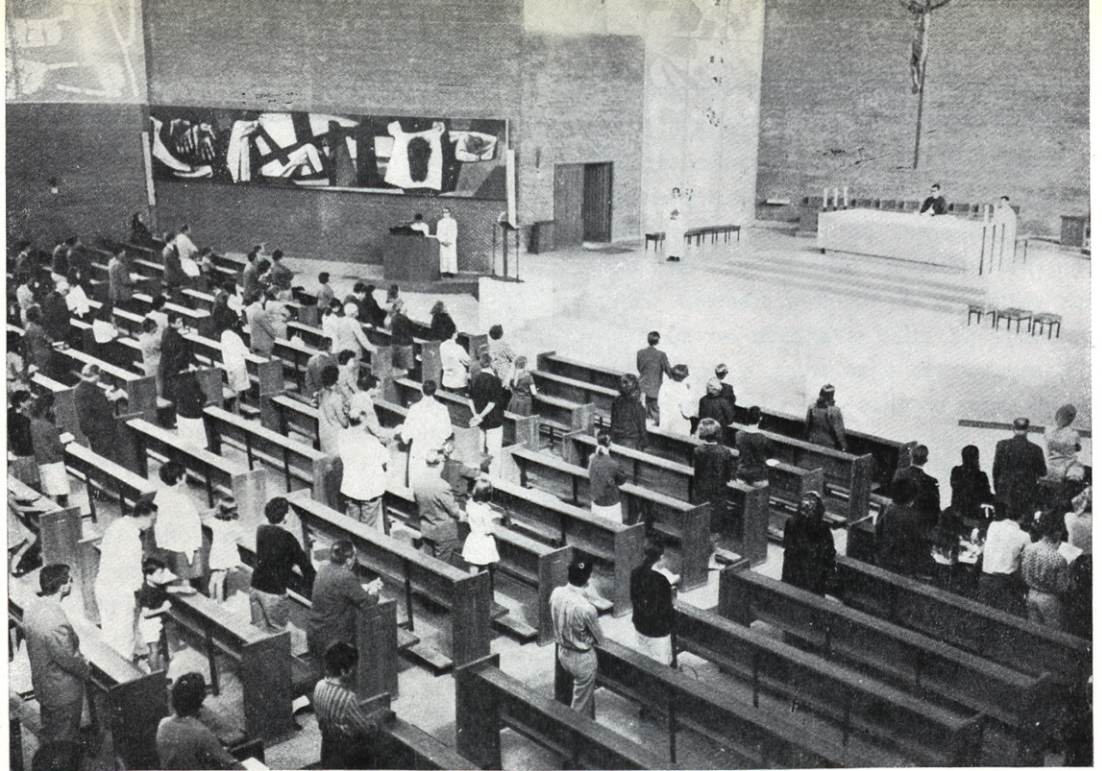


Ahora no se trata de la construcción del templo, sino de la serie de edificaciones que deben acoger a todas las actividades pastorales de la parroquia. Entre aquéllas, la nave de la iglesia es un volumen más, que no tiene por qué ser el más destacado e importante. Entonces, es lo más usual, se destaca el campanario o la espadaña para que podamos conocer la función espiritual de aquel conjunto de edificaciones. García Paredes en Almendrales, Fisac y Domínguez en Moratalaz, Cubillo en Hortaleza, etc., son nombres que podemos citar entre los compañeros que han tratado a la parroquia con el concepto señalado.

Me parece que el destacar el campanil como señal es muy importante. Porque hemos pasado, en muy poco tiempo, de que los volúmenes de las iglesias fueran, si se quiere, muy convencionales, pero todos iguales, o cuando menos parecidos, a que cada arquitecto se crea obligado al proyectar una iglesia, a "inventar" su propia planta y su propio volumen, y a no utilizar el que previamente ha creado otro compañero. ¿Se concibe que a algún arquitecto se le pase por la imaginación proyectar una iglesia con la planta de la de Alcobendas de Fisac? ¿Y con el volumen de la de García de Pablos en el Padre Damián? No, no es posible; sería tachado de plagio. Tiene la obligación de hacer "su iglesia", y de ahí las soluciones que aparecen cada día, con un afán insano de originalidad, cueste lo que cueste. Este problema me parece no lo tenían los arquitectos hace años, ya que la iglesia tenía una forma y volumen generalmente aceptados, y si a alguno se le ocurría hacer una con tres naves, no quedaba, ni mucho menos, diríamos "patentada" esa solución de planta.

La evolución, en los años a que he alcanzado yo a ver, la iniciaron Fisac y Moya en el Espíritu Santo y San Agustín. Lahorga en la carretera de Extremadura, Lahoz y García Paredes en el Aquinas, Vallejo y Dampierre en Santa Rita, continuaron los cambios. Más recientemente, de nuevo Fisac y Moya en Alcobendas y Moratalaz y Niño Jesús, respectivamente; Guitérrez Soto, García de Pablos, Cubillo, Barandiarán..., todos han aportado su creación al progreso de la arquitectura religiosa madrileña.

Terminaremos estos comentarios con los que se nos ocurren ante las bellas y sugerentes fotografías de Gómez que los ilustran, y relacionados con los usuarios de los

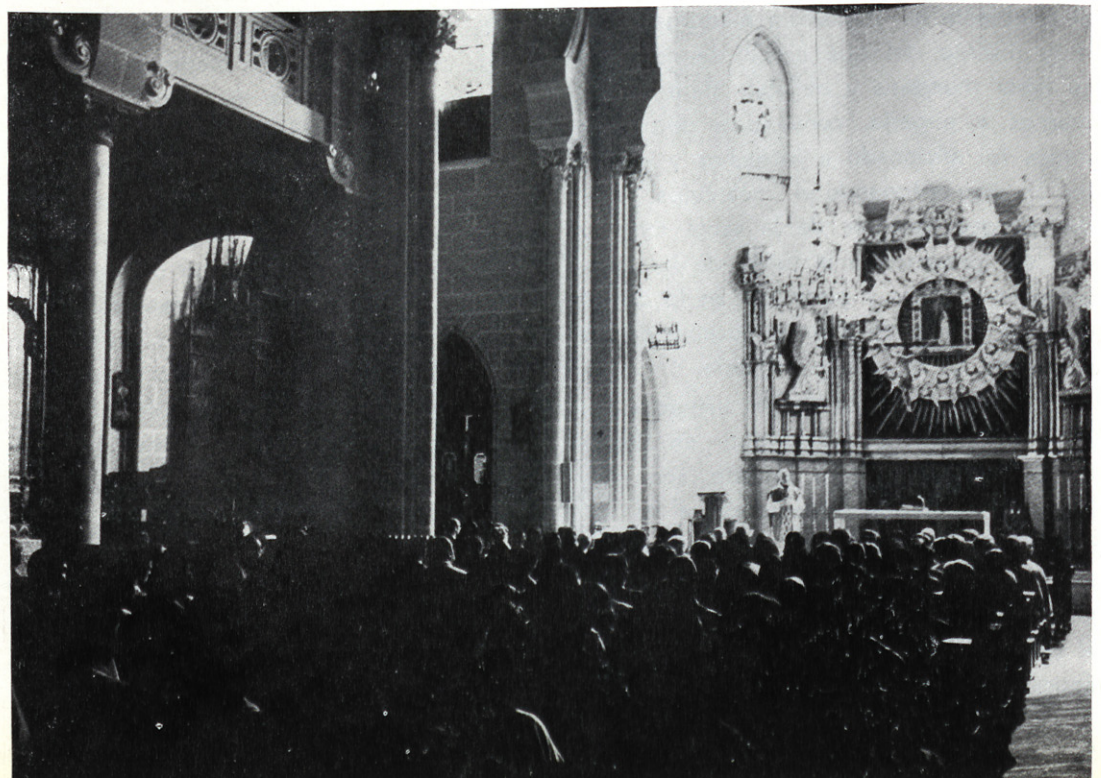


templos madrileños, los fieles practicantes.

Según el carácter y edad del barrio en que se emplaza la iglesia, es muy diferente el aspecto de los fieles que las frecuentan. Influye, y en estos tiempos más que nunca, la clase social de sus habitantes. Y subrayo lo de estos tiempos, porque yo he conocido, en otros no muy lejanos, una mayor permeabilidad y convivencia en la ciudad de las distintas clases sociales. En la misma casa, en el mismo portal, convivían familias de muy distinta categoría y posibilidades económicas variadas. En el piso principal, como su nombre lo indicaba, el más linajudo. En el primero, también un perso-

naje importante. A medida que se iba subiendo por la escalera, se iba bajando en las posibilidades económicas y categoría social de los vecinos, hasta llegar a las buhardillas, ocupadas por las familias menos pudientes. Esta mezcla tan provechosa, desde el punto de vista humano y social, ha desaparecido en los nuevos barrios de nuestra ciudad, que tienen un carácter marcadamente clasista, llegándose incluso a la agrupación por profesiones, en una especie de clubs cerrados y con derecho de admisión.

Por eso hoy podemos fácilmente saber, si no lo supiésemos de antemano, en qué barrio de la ciudad nos encontramos con



sólo observar atentamente a nuestro alrededor en el interior de una iglesia.

Si abundan los niños, y algunos de ellos de pecho, son llevados por sus padres..., nos encontramos en un barrio periférico, con predominio de obreros manuales entre sus vecinos y de reciente creación. Vemos personas de edad avanzada en su mayoría, muchas de ellas solas, y con aspecto de jubilados en ellos y de viudas en ellas..., estaremos en un barrio del antiguo centro de la ciudad, compuesto por edificios con más de cien años de vida. Observamos a varios hermanitos, vestidos todos ellos como de uniforme con trajes iguales, que incluso entonan con el de papá..., estamos en un barrio de los llamados residenciales y de muy reciente creación.

Si varían los fieles según los barrios en que está emplazado el templo, también son distintos según las horas del día.

En la iglesia de la Milagrosa, por ejemplo, en la madrileña y chamberilera calle de García de Paredes, se dice una misa los domingos para una concurrencia muy singular. Es a las cinco de la mañana, y a ella concurren, en abigarrada mezcla, los madrugadores y los que trasnochan. Escopetas de caza y cañas de pescar portan los primeros, vestidos, como es normal entre ellos, con originales atuendos. Algún confetti que se quedó indiscreto en el pelo de ella o el smóking que se apunta por debajo del abrigo de él denotan claramente la procedencia festiva de los otros. De todas maneras, no resultan necesarios estos signos externos para clasificarlos, ya que el semblante del deportista madrugador es muy distinto del que acaba de cesar en su labor mundana y bailable. Para no llamarnos a engaño, convendría decir que nunca fui aficionado a cartuchos y anzuelos. Lo digo entonando el "mea culpa", añadiendo que después de la santa misa, y una vez presenciada la salida de los autobuses cinegéticos y piscícolas, es lo clásico comprar y consumir algunas docenas de sus productos en la vecina churrería.

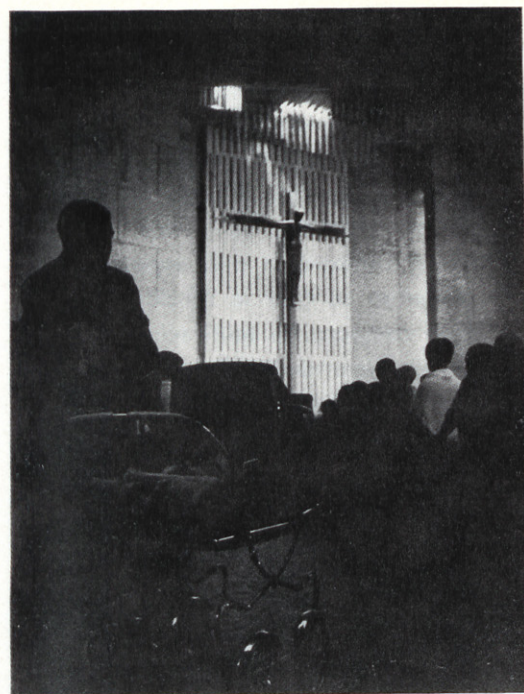
En cualquier iglesia de los llamados barrios residenciales, quiero decir en donde los vecinos aún tienen servicio, son también especiales los concurrentes a las misas de primera hora. La mayor parte de los fieles son las chicas de servicio. Estas muchachas son fácilmente identificables por el colorido de los trajes o abrigo, según la época, que llevan. Se adivina fácilmente

quién es doncella y quién cocinera, y cuáles son amigas y del mismo pueblo. Con ellas se mezclan, mejor diríamos se mezclaban, los deportistas. Palos de hockey, raquetas de tenis, maletines con el equipo de fútbol, etc. Pero esto ya no es así, desde la aparición de la misa de sábado con validez para el domingo. Con el menor pretexto, el ciudadano aprovecha la ocasión para no madrugar, y las empleadas del hogar, como ahora oficialmente se les llama, se han quedado solas con algún madrugador empedernido.

También debemos mencionar las misas de diez y de diez y media de los templos situados en los alrededores del Cine Monumental, y cuya concurrencia era en su gran mayoría, de aficionados a la música sinfónica; hablando en argot: melómanos. Con la apertura del Teatro Real para estos menesteres musicales habrá disminuido la concurrencia a estos templos y, como contrapartida, aumentado la de los situados en los alrededores de la plaza de Oriente.

Por aquellos barrios, por cierto, está la iglesia de San Nicolás. En ella se dice los domingos una misa en el idioma del Dante para la colonia italiana que reside en Madrid. A mí me ha gustado siempre oír allí la plática del sacerdote en el dulce idioma italiano. Después, la situación era inmejorable para "bajar" al Rastro. Este año me ha venido muy bien esta experiencia, porque, gracias a ella, no me ha extrañado en la época estival oír misas y escuchar homilías en vascuence y catalán, sin que el hecho me produjese enfados, como sucede a otros.

En la iglesia de la Paloma, de tan arraigada devoción para los madrileños, la concurrencia es uniforme de puro singular. Se trata de los madrileños y madrileñas que desde todos los barrios y confines de la ciudad se desplazan hasta allí para presentar a sus hijos a la Virgen. Muchos de ellos se enteran ese mismo día que a la Virgen de la Paloma no la representa una imagen escultórica, sino un cuadro. Pero es igual, no importa; el hecho no produce ninguna decepción. Y el templo sigue llenándose y soportando la interminable procesión de devotos, entre los que se encuentran en inferioridad manifiesta numérica los vecinos del barrio, alguno de ellos —¿por qué no?—descendiente del que le sirviera de modelo a Ricardo de la Vega para crear a mi querido tocayo, el honrado cajista de la Verbena.



Reportaje fotográfico de F. GOMEZ.

